



CABALLEROS Y CRUZADOS

Noticia histórica

Desde el año 1000 al 1250 las listas clásicas enumeran más de cuarenta papas, que ejercieron el pontificado durante un término medio de seis á siete años, y una veintena de anti-papas. Tuvieron principal participación en las luchas de que se trata en estas páginas: Alejandro II, milanés, de 1061 á 1073; Gregorio VII (Hildebrando), toscano, de 1073 á 1086; Víctor III, de Benevento; Urbano II, de Chatillon-sur-Marne, de 1088 á 1099; Pascual III, toscano, de 1099 á 1118; luego Inocente II, de 1130 á 1143; Eugenio III, de 1145 á 1153; Adriano IV (Breakspeare), de 1154 á 1159; Alejandro III, etc.

Estableciendo un poco de orden sobre las ruinas acumuladas por los Normandos, la familia capetiana había conquistado el trono de Francia, y tuvo al principio una existencia relativamente pacífica; los monarcas se suceden en línea recta y la duración de su reinado casi corresponde á la de una generación: Hugo Capeto, de 987 á 996; Roberto, llamado el Piadoso, nacido en 970, reinó de 996 á 1031, excomulgado de 998 á 1001; Enrique I, de 1031 á 1060; Felipe I, de 1060 á 1108, excomulgado de 1094 á 1104; Luis VI, de 1108 á 1137; Luis VII, de 1137 á 1180; Felipe II (Augusto), de 1180 á 1223, excomulgado de 1199 á 1201; Luis VIII y Luis IX, llamado San Luis, de 1226 á 1270.

Durante el mismo espacio de tiempo, las sucesiones al trono alemán son más complicadas. Otón I, llamado el Grande, segundo rey de la familia sajona, se apodera del reino lombardo y, haciéndose consagrar en Roma, instaura el Santo Imperio germánico en 962;

otros dos Otón y Enrique II pertenecen á la misma estirpe. Conrado II, que anexionó el reino de Arles á sus dominios, y sucesivamente tres Enriques forman la familia franconiana. El segundo de éstos, Enrique IV, nacido en Goslar en 1050, rey á los seis años de edad, fué excomulgado en 1076, á consecuencia de la disputa relativa á la investidura de los obispos; se humilló el año siguiente en Canosa ante Gregorio VII; la lucha comenzó, no obstante, de nuevo, hasta que fué consagrado emperador por un anti-papa en 1084; pero habiéndosele rebelado sus hijos, se retiró á Lieja y murió en 1106. Enrique V, su hijo y sucesor, de 1106 á 1125, luchó también, pero tuvo, finalmente, que ceder.

Después Lotario II (1125-1138), soberano de la casa de Sajonia, los príncipes de Suabia, los Hohenstauffen, de quienes se tratará más particularmente en el capítulo siguiente, llegaron al trono.

En Constantinopla reinaron durante el siglo XI una veintena de príncipes de diversas familias, pero los Comneno dominaron finalmente. Alejo I, de 1081 á 1118, recibió los caballeros de la primera cruzada; Juan, de 1110 á 1143, y Manuel, de 1143 á 1180, le sucedieron; después comenzaron de nuevo las rivalidades. En 1204, la cuarta cruzada redujo los emperadores de Oriente á la posesión del reino de Nicea, mientras que Baudouin de Flandes, Enrique de Hainaut, Pedro y Roberto de Courtenay, y por último, Baudouin II, reinaron en Bizancio, pero Miguel Paleólogo, 1260-1282, recobró la antigua capital en 1261.

En Inglaterra, Guillermo el Conquistador, muerto en 1081, tuvo por sucesores dos de sus hijos, Guillermo el Rojo y Enrique I. Después de un Esteban de Blois, 1135-1154, reinaron los Plantagenets: Enrique II, de 1154 á 1189; Ricardo Corazón de León, de 1189 á 1199; Juan sin Tierra, de 1199 á 1216; Enrique III, de 1216 á 1272, etc.

Los hijos de Tancredo de Hauteville llegaron á la Italia meridional en 1038; Roberto, llamado Guiscard, fué duque de Pouilles y de Calabria y se mezcló en las luchas sostenidas por Gregorio VII; excomulgado por él en 1074, se sometió; después le libertó del poder de Enrique IV, que le tenía sitiado en Roma, pero le retuvo él mismo preso, y como tal murió el gran papa en 1085, en Salerno.

Un hermano más joven, Roger, el gran conde, de 1040 á 1101, rehizo la conquista de Sicilia; Roger II, hijo del anterior, de 1093 á 1154, reunió las dos Sicilias en una sola potencia.

He aquí los nombres de algunos personajes notables:

BERENGER de Tours, heresiarca	998	—	1088
PEDRO EL ERMITAÑO, de Amiens, fraile predicador	1050	—	1115
HASSAN-IBN-SABBAH, Viejo de la Montaña	1056	—	1124
ABELARDO, filósofo y teólogo, nacido en Nantes	1079	—	1142
SUGEY, ministro de Luis VI, nacido en Saint-Denis	1081	—	1151
ANA COMNENO, hija de Alejo I, escritora	1082	—	1148
ELOÍSA, abadesa del Paraclete, nacida en París	1101	—	1164
SAN BERNARDO, abad de Clairvaux, nacido en Dijón	1091	—	1152
PEDRO EL VENERABLE, abad de Cluny, nacido en Auvernia	1091	—	1156
ARNALDO DE BRESCIA, heresiarca y revolucionario	1100	—	1155
PEDRO DE BRUEYS, heresiarca	1080?	—	1120
ARRIGO, heresiarca lombardo	1088?	—	1148?



CABALLEROS Y CRUZADOS

*La reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo
contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes
que la compensación se cumpla.*

CAPÍTULO VI

AÑO MIL. — GRAN CISMA. — PAPAS, OBISPOS Y SOBERANOS.
PODERES ESPIRITUAL Y TEMPORAL. — MONAQUISMO DE OCCIDENTE.
CABALLERÍA Y SERVIDUMBRE. — PEREGRINACIONES.
CAUSAS DE LAS CRUZADAS. — EXODOS Y CHOQUES
FRANCIA, HIJA PRIMOGÉNITA DE LA IGLESIA. — TEMPLARIOS Y ASESINOS.
CLUNY Y CITEAUX. — VALDENSES Y KATHAROS.
ARNALDO DE BRESCIA. — SUERTE DE IRLANDA. — SAN LUIS.

ANSIOSOS siempre de dominación, los sacerdotes, que en el presente han de luchar por la conservación de su poder actual, se forjan ilusiones felices acerca de la época de la Edad Media, complaciéndose en creer que durante ese período de su mayor potencia las mismas almas les pertenecían por completo, que la sociedad toda entera estaba «tocada de la gracia» y se prosternaba en las iglesias con todo el fervor de una fe sincera.

Por otra parte, era tanto más fácil engañarse acerca de esta creencia, cuanto que los historiadores del pasado fueron casi todos sacerdotes; gentes de religión son quienes vienen escribiendo los anales hace cerca de mil años, y han defendido su propia causa exponiendo los hechos en su honor y beneficio. Además, los mismos enemigos del catolicismo se suelen entregar á esa ilusión, que les permite más fácilmente presentar el contraste de un período de tinieblas, con el de la luz que inaugura la emancipación del pensamiento. Pero católicos y librepensadores se engañan por igual. El hecho es que el ardor religioso y la vida mística constituyen siempre excepciones en una sociedad, y que en la gran mayoría de los hombres la existencia se emplea en satisfacer las necesidades inmediatas, esenciales al organismo. Casi todos los individuos se dejan vivir naturalmente sin buscar el por qué ni el cómo de su aparición en el mundo: su fe, cuando la profesan, no es más que una acomodación á los hábitos corrientes, y así sucedió en la Edad Media, como en todas las épocas de la historia. Pero la ruptura súbita que se produjo con el Renacimiento de la Europa civilizada, «infatuada con sus estudios como un adolescente que acaba de aprender retórica»¹, desvió á los escritores, entusiastas de lo antiguo, de toda investigación seria sobre la Edad Media; y la tradición corriente, propagada por la Iglesia, se afirmó cada vez más. La vuelta de los historiadores hacia los recuerdos de aquellos tiempos sombríos no se hizo hasta el siglo XVIII, y las investigaciones profundas datan del siglo XIX. En la actualidad se halla el pueblo bajo la doble concha que los reyes y la Iglesia le han echado encima.

Una extraña leyenda, la del «año mil», contribuyó singularmente á fortificar la falsa idea de que las poblaciones de la Europa occidental estaban animadas de una fe profunda. Referían antes todos los historiadores que á la aproximación del año mil se creyó en la llegada del Antecristo y del Juicio final. Los enemigos se reconciliaban en todas partes, los traficantes cesaban de vender y comprar, los avaros de atesorar y los criminales de practicar sus fechorías. Los señores se precipitaban sobre los altares para hacer

¹ Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, p. 7.

donación de sus bienes á la Iglesia, es decir, para poner todo en las manos de Dios, con la esperanza de obtener de él la gracia y la vida eterna. Sin embargo, ningún documento de la época da el menor indicio que justifique esa leyenda: en los anales contemporáneos no se ven más que repeticiones usuales de los frailes sobre los pecados de los hombres y sobre las penas del infierno; las mismas lamentaciones se han venido repitiendo á través de los siglos, reproduciéndose aún bajo formas análogas: «¡ Hermanos, velad, hacéd penitencia! ¡ El mundo está próximo á su caída! ¡ Orad, arrepentíos, se acerca el fin del Universo! »¹.

Hasta debe decirse que en la época precisa del año mil, la vida de las naciones europeas era relativamente más pacífica, menos insípida y no tan perturbada por presentimientos terribles como lo fué Francia un siglo antes, cuando la invasión de los Normandos, y como lo fué cuatro siglos después, durante la terrible guerra de cien años. Los acontecimientos, por el contrario, se desarrollaron en aquella época de una manera tan normal como durante todo el tiempo del feudalismo de la Edad Media, con acompañamiento de guerras, de saqueos y de incendios, y los anales no prueban en manera alguna que al acercarse el año mil fuesen más numerosos que antes los actos de donación de los señores. La leyenda, bajo la influencia de esa idea natural al hombre de localizar los grandes acontecimientos en un lugar, sobre un hombre ó en una fecha única, no tomó forma hasta el siglo XVI: se quería explicar el notabilísimo movimiento de arte religioso que se produjo antes y después de la época del año mil, tomada casi como término medio. Pero el verdadero vulgarizador de la leyenda fué Robertson, gracias á la alta autoridad histórica de su *Cuadro del Progreso de la Sociedad en Europa*, donde la ilusión del gran terror del Juicio final halló su forma definitiva².

En el siglo XI, cuando las invasiones árabes en las comarcas ribereñas del Mediterráneo comenzaban á sufrir el rechazo ofensivo de las cruzadas de Europa, la ruptura definitiva entre las dos Igle-

¹ *La Nobla Leyçon* de los Valdenses.

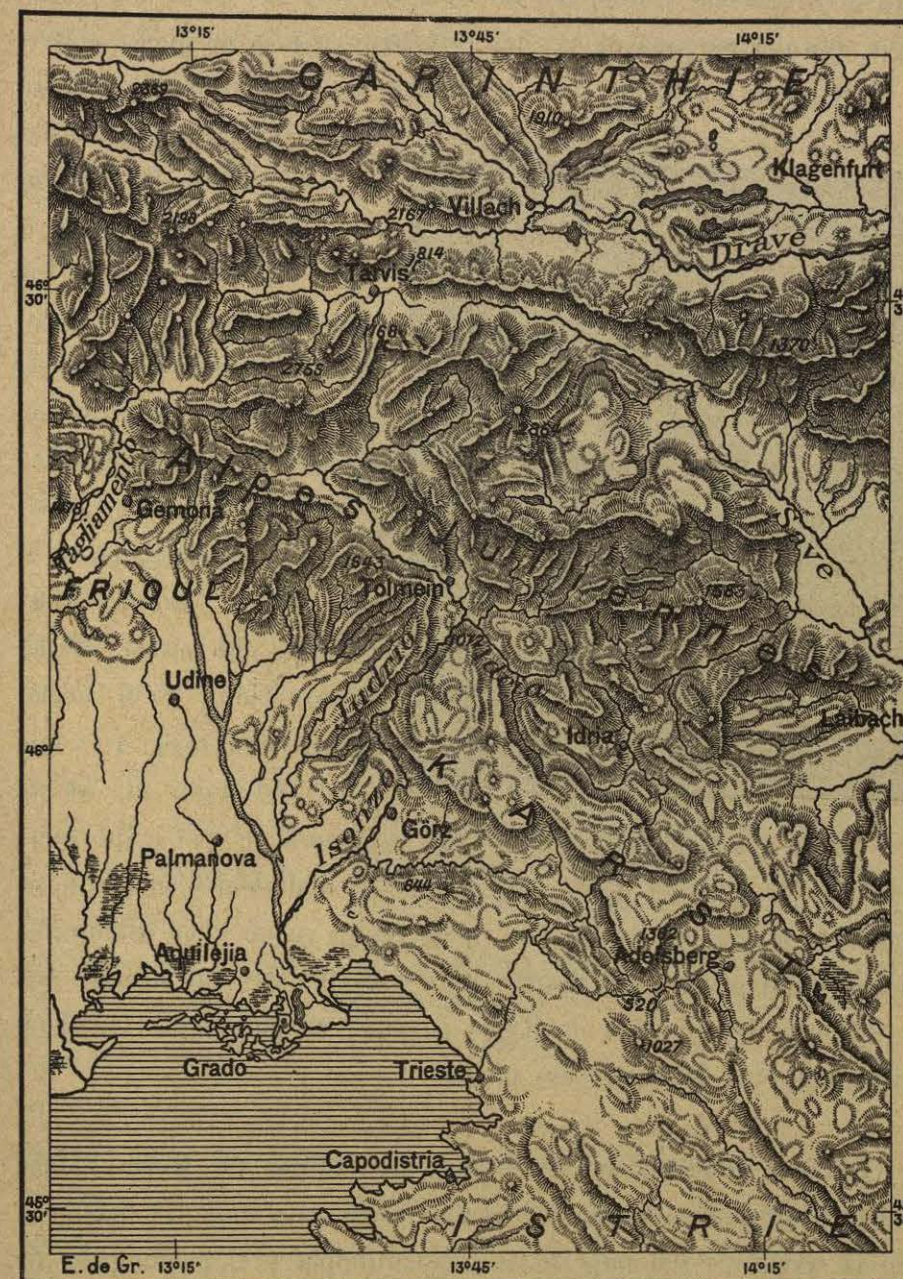
² Dom Plaine, *Revue des Questions historiques*, Enero 1873; Raoul Rosières, obra citada, ps. 135, 163.

sias cristianas de Oriente y Occidente estaba consumada. Ese movimiento, calificado en la historia de «gran cisma» por excelencia, tuvo por verdadera causa la rivalidad natural de las dos ciudades, Roma y Constantinopla, que fueron los centros de gravedad opuestos en el equilibrio del mundo mediterráneo: los puntos de atracción, los núcleos habían llegado á dividirse, la separación era, por consecuencia, necesaria entre las dos órbitas. En cuanto á las razones alegadas de una parte y de otra, realmente harto mezquinas para inspirar convicciones profundas, no eran más que miserables pretextos: el uso del pan ácimo, el de la leche, el número de los días de ayuno, el tenor y el orden de los cánticos, las inclinaciones ó genuflexiones observadas durante las fiestas, eran pequeñeces que no hubieran podido separar comunidades ardientemente unidas en un mismo impulso de fe. El hecho de conceder importancia á tales fruslerías, demuestra cuán grande era en el fondo la indiferencia general de los fieles: dejarse así dividir en dos rebaños, que quedan enemigos porque ya no se conocían, prueba que obedecían á intereses políticos y no á la convicción íntima. Por otra parte, mucho antes de haberse proclamado de una manera oficial, ya existía el cisma entre las dos iglesias. Hacia el fin del siglo V, menos de un centenar de años antes que se cumpliera el fenómeno de gemación entre los dos imperios, ya había comenzado la escisión: voluntades diversas, supervivencias diferentes, oposiciones de nacionalidades y de costumbres habían dado á las dos Iglesias una fisonomía distinta, independientemente de la contradicción de los dogmas. Lo que manifiesta la unión aparente más allá de su verdadera duración, fué el prestigio de Roma, la «ciudad» por excelencia; por lo demás, tenía la ventaja de ser en Occidente la única capital religiosa, con la única excepción de Aquileya, reemplazada en el siglo VI por Grado, que tenía también un patriarca, mientras que en Oriente, Constantinopla dividía el poder supremo con Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

La reconstitución del imperio de Occidente con Carlomagno aumentó el contraste de las condiciones políticas y religiosas entre las dos mitades de Europa: los intereses del papado le obligaron á volverse por completo hacia soberanos de origen bárbaro, que

reinaban en ciudades del norte brumoso, lejos de la Ciudad Eterna. El papa, — como se llamaba ya al obispo de Roma —, había exco-

N.º 307. Aquileya, Grado y los Alpes Julianos.



1: 1 000 000

0 10 25 50 Kil

mulgado á Focio, patriarca de Constantinopla, por causa de insubordinación, y éste respondió, en 867, por una acusación detallada